

PSICOLOGÍA DEL DESARROLLO EN EL ESTUDIO DE LA IDENTIDAD Y LA SUBJETIVACIÓN EN LA ADOLESCENCIA¹

Napoleón Tapia Balladares

*Más que tomar la palabra,
hubiera querido ser envuelto por ella,
y conducido más allá de todo comienzo posible.*
Michel Foucault, *L'ordre du discours*.

RESUMEN

En este artículo se discuten las ideas centrales para un programa de investigación acerca de la construcción de la identidad personal en la adolescencia en el contexto sociocultural costarricense. Esto se discute en una doble perspectiva. Por una parte, en la perspectiva de la Psicología del desarrollo ciclo vitalista a partir de la cual se plantean algunos principios metateóricos y, por otra desde una psicología culturalista de la comunicación y el lenguaje. Ambas se enlazan en el planteamiento del estudio de la identidad como una categoría teórica y como un proceso psicológico orientado a la subjetivación, que pasa por el análisis de la distancia y la proximidad entre adolescencia y adultez.

ABSTRACT

In this paper are discussed the central ideas for an research program about the construction of the personal identity in the adolescence, in the costarican sociocultural context. The discussion is in a double theoretical perspective. First, in the perspective of metatheoretical principles of the life-span developmental psychology. On the other hand, in the perspective of a cultural psychology of communication and language. Both are linked in the study of personal identity like a theoretical category and a psychological process guided by the subjectivation process. The personal identity construction is related to relationships of distance and vicinity between adolescence and adulthood.

1. Versión modificada de la conferencia del autor en el Coloquio público del Instituto de Investigaciones Psicológicas, de la Universidad de Costa Rica,

9 de octubre 2000. Algunos de los comentarios de los profesores Domingo Campos R. y Jaime Robert J. en esa oportunidad, se discuten en este artículo.

INTRODUCCIÓN

En Costa Rica, la Psicología del desarrollo humano ha transitado por caminos disímiles. La formación en esta subdisciplina ha encontrado una forma de expresarse en el ámbito profesional, generalmente subsumida en la Psicología educativa, la Psicología clínica de la infancia o para la programación de políticas sociales para la niñez. En lo que a la investigación se refiere los esfuerzos en el área, aunque no son abundantes, se han orientado hacia la investigación aplicada y en menor grado hacia la investigación fundamental. Sin embargo, sus resultados y hallazgos parecen haber permanecido invisibles, al menos en cuanto a su incidencia en los procesos formativos y especialmente en cuanto a crear una tradición de investigación científica.

En este trabajo se discuten elementos teóricos que se estiman indispensables para fundamentar un programa de investigación en un subcampo de la Psicología del desarrollo. El objetivo no consiste en examinar las razones del estado actual de la Psicología del desarrollo en el contexto académico costarricense. Ni consiste en establecer fundamentos de carácter general. Si bien esa tarea puede ser importante preferimos transitar por otra vía. Esta es, proponer desde la perspectiva de la Psicología del desarrollo el estudio de un aspecto específico, a saber, la cuestión de la identidad y la subjetivación en la adolescencia aún cuando se introduzcan algunos principios desarrollistas generales. Ahora bien, si al examinar dichos elementos fundamentales para un ámbito específico de investigación, es posible además extraer algunas enseñanzas para la Psicología del desarrollo como subdisciplina, tal y como se ha desenvuelto en Costa Rica, entonces nos daremos por satisfechos también en ese último aspecto.

Para desarrollar la tesis principal de este trabajo voy a servirme –sin considerarlas como elementos centrales– de las consecuencias teóricas obtenidas como resultado de la investigación más reciente en la que he trabajado (Tapia, 2000). Entonces, en primer lugar, haré mención de un escollo teórico significativo que se presenta al estudiar la identidad,

ya no solamente en la perspectiva de la Psicología del desarrollo, sino también de la Psicología en general. En segundo lugar, se esboza y discute cuáles podrían ser los principios generales de una Psicología del desarrollo pertinentes para nuestros propósitos investigativos. En un tercer momento, discutiré la conceptualización de la identidad. Esta procura fundamentar un programa de investigación el cual aspira concentrarse en el estudio de la identidad en el ciclo vital, especialmente en términos de las implicaciones de la conexión entre la biografía, la religión y la cultura, sobre los procesos de construcción de la identidad en el contexto costarricense.

DIFICULTADES E INTERROGANTES DE UN COMIENZO

La dificultad más importante al estudiar la identidad está relacionada con la categoría de subjetividad. La investigación psicológica costarricense durante algún tiempo, se ha ocupado del estudio de la conformación de la “subjetividad”, en el contexto social, histórico y cultural del sujeto. Dicha preocupación se ha decantado por un enfoque de la Psicología social crítico y por un enfoque psicoanalítico de la socialización (Lorenzer, 1976). Es importante reconocer que esta preocupación ha enfrentado una dificultad en sus fundamentos. Esta ha sido la procedencia de la categoría de subjetividad. En sentido estricto la categoría de subjetividad es de difícil recepción dentro de la Psicología. Nótese que el sustantivo “subjetividad”, con sus connotaciones de autorreflexión, autoconciencia y autocercioramiento, es una categoría fundamental de la Filosofía de la modernidad. Lo ha sido desde Hegel hasta Habermas, pasando por Foucault aún cuando la Filosofía de la modernidad se haya desplazado del paradigma del sujeto autocontenido al paradigma de la intersubjetividad (Lorenzer, 1976; Habermas, 1989). Otra dificultad de la Psicología para la recepción de la categoría de subjetividad, podría deberse adicionalmente, a la importancia antropológica, epistemológica y teórica que se le asigna en el Psicoanálisis al sustantivo “subje-

tividad". En dos de las tradiciones psicoanalíticas más influyentes, como son el Psicoanálisis social crítico alemán o el Psicoanálisis francés encontramos esa característica. Así entonces se remite la subjetividad al inconsciente. Si en una tradición los procesos inconscientes se encuentran en interacción constante con el sistema social y la cultura configurando así "la subjetividad", en la segunda no hay sujeto que no sea sujeto del inconsciente. En otras palabras aquí la Psicología y la Psicología costarricense más en particular, se enfrenta con su autoconcepción científica disciplinaria, la que debe resolver tanto frente a la Filosofía de la modernidad como frente al Psicoanálisis, pues desde un punto de vista epistemológico, teórico y metodológico la Psicología (propiamente la Psicología académica hegemónica) no es ni una ni el otro.

Lo anterior se esclarece al considerar las empresas de investigación contemporáneas con su estricta división del trabajo al interior de las subdisciplinas de la Psicología y entre estas y otras ciencias humanas y sociales. En ese contexto, la única connotación aparentemente aceptable de la categoría de subjetividad parece provenir más bien del vocablo "subjetivo", en su función original de adjetivo. Esto lo encontramos en el "construccionismo social" (Gergen, 1994), con su crítica del sujeto monádico de la Psicología académica. También en las vertientes cognoscitivistas más radicales, como en la neuropsicología cognoscitiva, para la cual lo subjetivo es atributo de estados mentales, cuya base es específicamente neuronal (Houdé *et al.*, 1998). Lo encontramos en el cognoscitivismo culturalista, para el que la Psicología ha de concentrarse en el estudio de procesos mentales subjetivos configurados por la cultura (Bruner, 1986). Sólo el reconocimiento del carácter subjetivo o intersubjetivo, como atributos de la afectividad, del pensamiento o de la acción de los individuos, parece haber posibilitado una recepción productiva de las connotaciones implicadas en el sustantivo subjetividad. En la Psicología contemporánea (incluyendo la que se ha practicado en Costa Rica), la subjetividad no parece ser otra cosa que lo subjetivo.

Despejada y asumida esta dificultad y como consecuencia de ello, una investigación psicológica acerca de la identidad ha de comprender que, por una parte, no es una empresa filosófica por mucho que reciba su influencia, ya sea de la fenomenología o de la teoría de la acción comunicativa. Por otra parte, ha de comprender que, siendo la investigación psicológica y la Psicología misma distinta de la experiencia y de la teoría del psicoanálisis, es claro que no puede irse más lejos que seguir con modestia y cautela las enseñanzas de algunos de los presupuestos de la teoría psicoanalítica. Establecidos esos mojones es posible avanzar en la tarea propuesta.

PRINCIPIOS DE UNA PSICOLOGÍA DEL DESARROLLO

Referirse a la categoría de desarrollo en Psicología implica radicalizar nociones como las de proceso y transformación. Esto significa que sólo una investigación en perspectiva de desarrollo es capaz de aprehender los procesos continuos que acaecen a lo largo del ciclo vital humano. Por otro lado, sólo una perspectiva de desarrollo posibilita aprehender las transformaciones cualitativas por las cuales transitan los procesos subjetivos de la persona. Así entonces cuando se habla de Psicología del desarrollo, es posible referirse a lo que Baltes *et al.* (1980) han denominado principios metateóricos, los cuales contribuyen a conceptualizar una idea de desarrollo y son orientadores en el nivel heurístico.

a) En primer lugar el desarrollo humano se extiende a lo largo de la vida. No existe un estado final con el que pueda contarse como "estado de maduración o de madurez". En el desarrollo existen procesos continuos y discontinuos que se desenvuelven en momentos variables del ciclo vital; ningún período del ciclo vital es prioritario respecto a los otros. b) En segundo lugar, el proceso de desarrollo humano es multidimensional y multidireccional, en el sentido de que no puede reducirse a un criterio único y monolítico que evolucionaría en una sola dirección. Cabe reconocer diversas dimensio-

nes y múltiples líneas de desarrollo. c) En tercer lugar el desarrollo humano es un proceso en el cual hay ganancias y pérdidas, períodos de crecimiento y estancamiento, relacionados con las capacidades de adaptación del sujeto en un sentido negativo y positivo. d) En cuarto lugar, el desarrollo humano se caracteriza por la plasticidad. Los sujetos viven y experimentan a lo largo de su vida una gran variabilidad intraindividual, mostrando al mismo tiempo sus potencialidades para el cambio. e) En quinto lugar, el proceso de desarrollo humano es intrínseco a los contextos sociales, culturales e históricos en los que se desenvuelve. Así, las influencias que recibe pueden ser ontogenéticas en función de la edad; evolutivas en función de la historia; y no normativas en función de los acontecimientos vitales. f) En sexto lugar, el estudio y la investigación del desarrollo humano, ha de llevarse a cabo con una vocación interdisciplinaria y transdisciplinaria (Tudge *et al.*, 1997), siempre y cuando no se sacrifiquen las realizaciones disciplinarias y que estas se encuentren situadas en los albores de tales esfuerzos científicos.

Ahora bien, los principios mencionados lejos de agotar una concepción del desarrollo le sirven de un marco de trabajo general necesario aunque insuficiente. Esto es visible al considerar específicamente el proceso de construcción de la identidad. Lo anterior nos conduce a discutir brevemente, dos cuestiones íntimamente relacionadas: la de la disciplinariedad y la del valor epistémico y ontológico de los principios esbozados en relación con el estudio de la identidad.

A nuestra perspectiva es posible reprocharle, erróneamente, su adhesión a la epistemología genética piagetiana. El planteamiento propuesto abarca y supera dicha epistemología en aspectos específicos. Los principios precedentes no aparecen regulados exclusivamente por las reglas de transformación del constructivismo piagetiano. Un ejemplo de ello reside en la conceptualización del tipo de influencias recibidas por el desarrollo: ontogenéticas; evolutivas en función de la historia; y no normativas en función de los acontecimientos vitales (Vandenas-Holper, 1998). Sin embargo, al enfrentar

el problema de la disciplinariedad *versus* la interdisciplinariedad (y sus otros niveles), cabe reconocer que estas influencias requieren de una comprensión que trascienda de manera relativa lo meramente disciplinario. Ciertamente, en el nivel metateórico acaece una transversalidad pertinente entre categorías conceptuales. Ahora bien, con el intento de fundamentar una perspectiva presentada y autoconcebida como “desarrollista” no se le atribuye como eje teórico una perspectiva sociocultural, aunque sí se considera tal perspectiva como parte esencial de sus elementos explicativos importantes. Aún así, la dinámica de comprensión y explicación en la Psicología del desarrollo no puede reducirse a un mero contextualismo psicosocial; resulta claro que la Psicología se constituye cada vez más claramente como un conocimiento situado entre la biología y la cultura. Así entonces la norma teórica del contextualismo psicosocial, al menos en la Psicología costarricense, no parece haber dado resultados satisfactorios para la Psicología del desarrollo. Y si la afirmación de principios desarrollistas de carácter metateórico corre el riesgo de hipostasiarse con un mero recurso lógico, en detrimento de su riqueza óptica, no se debe a los principios mismos y a su estructuración lógico-epistémica. No es ahí donde radica exclusivamente el problema fundamental de una opción disciplinarista en Psicología del desarrollo, sino más bien en el nivel programático de la investigación. Se debe a las dificultades programáticas de organizar la investigación en Psicología del desarrollo, a partir de una articulación de sus condiciones y posibilidades disciplinaristas con su apertura hacia horizontes interdisciplinarios y transdisciplinarios.

DESARROLLO DE LA IDENTIDAD: TEXTO Y DISCURSO

Dicho lo anterior, ahora sí es posible atender la cuestión de la identidad para volver luego con una perspectiva complementaria a la conceptualización del desarrollo. Constatemos en primer lugar que la noción de

identidad en Psicología, está muy relacionada con el legado teórico de Erik Erikson (1968). Y sin duda su pensamiento continúa siendo importante por cuatro razones que aquí tan sólo cabe enumerar. Primeramente por el lazo que se intentó construir entre biografía personal e historia social. Por la posibilidad de comprender el proceso de construcción de la identidad como proceso de interacción subjetivo, inscrito en la afectividad humana. Luego, por el intento de vincular identidad personal e identidad social. Finalmente, por el carácter abierto del desarrollo de la identidad como proceso actuando a lo largo de la vida. Las ideas de Erikson han sido muy fructíferas ya que han suscitado, en los últimos cuarenta años, una significativa y creciente cantidad de estudios empíricos, no sólo sobre el tema de la identidad sino también acerca de otros procesos psicológicos (Marcia, 1993; Waterman, 1990).

Erikson y otros autores que han seguido sus ideas, total o parcialmente, como Krauskopf (1998) o Fernández Mouján (1974), han partido de que la pregunta por la identidad es aquella de “¿quién soy yo?”, que se hace la juventud adolescente. En parte, la respuesta a esa interrogante según este enfoque teórico, ha sido considerar la identidad como un “sentimiento subjetivo”. Entonces la identidad se ha entendido como el sentimiento y la experiencia interna de mismidad, de ser uno mismo en forma coherente y continua a pesar de los cambios internos y externos enfrentados en la vida. Sin embargo, según el punto de vista que se desea sostener, aunque esa forma de conceptualizar la identidad puede ser aceptable bajo ciertas condiciones, no es esa pregunta la que origina el despliegue de la identidad como proceso subjetivo. Así pues, es importante examinar en qué sentido es aceptable ese concepto y por otra parte, examinar hasta qué punto es posible una ruptura con aquel autocuestionamiento del yo.

Esa forma de conceptualizar la identidad resulta pertinente si se acepta una perspectiva dialéctica y diacrónica de la identidad. Es pertinente si además y complementariamente, se

acepta desagregar el concepto de identidad en sus elementos y mecanismos fundamentales. Esto es insoslayable al reconocer que el concepto de identidad refiere, al mismo tiempo, a dos procesos. Tanto a la estructuración intrapsíquica como a la autopresentación pública del sí mismo. La *via regia* hacia esos dos procesos son justamente los elementos y mecanismos de la identidad que dejaremos aquí tan sólo mencionados. Ciertamente la identidad incluye el elemento de la singularidad, siempre que se conecte al mecanismo regulador provisto por la diferenciación entre el sí mismo y el otro. Además incluye la continuidad temporal, siempre que se conecte con el mecanismo regulador del cambio. También incluye la valorización de sí mismo, siempre que se conecte con el mecanismo implicado en la aceptación de las autorrepresentaciones negativas de sí mismo. No menos importante, la identidad incluye la acción personal interconectada a la autonomía, siempre que se vincule con el mecanismo contextual de la escena donde toda acción encuentra su límite simbólico en las relaciones intersubjetivas de interdependencia.

Volvamos a la interrogante ¿quién soy yo? La expresión monádica de esta pregunta no es convincente para representar adecuadamente la complejidad de las relaciones de la identidad, como estructura invariante y plástica, cuyo carácter diacrónico o evolutivo es intrínseco. Es necesario una ruptura, un desplazamiento, el cual represente mejor esa complejidad. Ese desplazamiento reside en la pregunta por la identidad como una interrogante con doble direccionalidad; vocativa en su sintaxis y dialéctica en su lógica. Por una parte, el locutor interroga: “¿Y tú, quién dices que soy yo?” dirigiéndose al otro. En seguida, el interlocutor replica: “¿Y tú, quién dices que eres tú?”, devolviendo el cuestionamiento ya que, sólo el sujeto mismo puede a su vez, autodirigirse la pregunta. A decir verdad, el sujeto adolescente interroga al “objeto parental de transferencia”, al cual el sujeto adolescente dirige un mensaje, aquel de “permanece ahí resistiendo mis avatares, mientras puedo devenir quien yo pueda ser”. La respuesta del objeto parental de transfe-

rencia, no puede ser otra que la de una representación construida por el sujeto mismo acerca de este objeto, esa que funciona como motor del desarrollo adolescente. El trayecto adolescente en las alas de *eros* y *psique* requiere necesariamente la transición de la primera a la segunda interrogante. Esta última es la pregunta que se hace el sujeto conjuntamente con la que el sistema socio-cultural de representaciones le hace: “¿Y tú, quién dices que eres tú?” o más precisamente *¿Y tú, quién dices que estás siendo?* En esas preguntas la posición del verbo “decir” no es superflua. En efecto, lo que se exige del sujeto es un decir, un discurrir, una palabra sobre sí mismo. Es una palabra cuya dirección más productiva ha de ser la *auto-poiesis* de sí mismo en el amor y el trabajo. Entonces, la vocación del sujeto adolescente es crear un texto, aquel dónde puede leerse a sí mismo y que versa sobre sí mismo.

No obstante, la dinámica que se acaba de describir puede ser cuestionada por la supuesta exclusión que hace de la estructuración simbólica operada por el sistema socio-cultural. Pero si comprendemos lo social como la estructura institucional que vehicula los potenciales de cohesión y exclusión social, y la cultura, como la estructura simbólica de interpretación del mundo y negociación de significaciones sobre el mundo, cuya fuente es la relación de continuidad o discontinuidad con la tradición, habremos de aceptar que el sujeto no se enfrenta con los objetos sociales y culturales como entidades homogéneas o como materialidades que puedan aprehenderse en tanto totalidad unificada. El trabajo de la subjetivación involucra la interpretación constante de esos objetos que se deconstruyen en función de la experiencia y la vivencia. Dicho de otro modo y volviendo a fórmulas ya clásicas: ni a la sociedad ni a la cultura es necesario ir a buscarlas, pues ellas vienen por sí mismas en la estructuración de la persona. Erik Erikson (1968) fue uno de los primeros en observar el vínculo entre historia, sociedad y personalidad. Y si no es posible dar cuenta aquí de los proyectos exitosos o frustrados de explicación de la dinámica individuo y sociedad, si es posible

reconocer en el trabajo de Alfred Lorenzer (1972/1976), tanto como en el de Pierre Bourdieu o Michel Legrand (1993), que el sistema simbólico que viene del sistema socio-cultural al individuo, se encuentra ya en la dinámica que intentan transmitir las categorías conceptuales de sujeto adolescente y objeto parental de transferencia.

En este punto de la discusión se encuentra, sin poder esquivarla, la categoría del *sí mismo*. El sí mismo es comprendido como noción que hace síntesis fenoménica, de la estructura subjetiva de composición de la personalidad humana. Hace síntesis del proceso dinámico del yo, la pulsión y la normativa cultural (Cahn, 1991). En este sentido el sí mismo es necesariamente el núcleo duro del proceso constructivo de formación de la identidad. Ahora bien, el proceso de autocreación de sí mismo, no está dado, sino que además de poseer una historia está dispuesto al advenimiento. Las realizaciones del sí mismo están siempre en movimiento y son efímeras sin informar lo suficiente acerca de sus límites y potencialidades. Y como lo muestra Paul Ricoeur, entre sus potencialidades, la más fundamental es el conocimiento de sí por el sí mismo (1986). Descifrar, disolver y reconfigurar la red compleja de símbolos lingüísticos presentadores e inconscientes, coercitivos o potenciadores de la acción, constituyen el principal presupuesto de conocimiento del sí mismo. Esta red de símbolos se instala en el sujeto que discurre. En efecto, el discurso es el acontecimiento del lenguaje y el preámbulo de la comunicación aún cuando esta pueda caer en las redes de su propia ceguera. Naturalmente, las paradojas de las estructuras interactivas y comunicativas posibilitan que nuestra comprensión del sí mismo, no haga afirmación alguna acerca de sus potencialidades de acceso a una región de excomunicación lingüística, ni a las producciones subjetivas que caen fuera del lenguaje dominadas por la pulsión.

Ahora bien, es claro que la afirmación adversa, según la cual el sí mismo no puede ser considerado el núcleo duro del proceso constructivo de formación de la identidad,

en virtud de no ser sino una cristalización imaginaria, desconoce las reflexiones precedentes. Desconoce fundamentalmente que el proceso de autocreación de sí mismo, no está dado, sino que además de poseer una historia está dispuesto al advenimiento. En efecto, las realizaciones del sí mismo están siempre en movimiento y son efímeras, sin informar lo suficiente acerca de sus límites y potencialidades. Pero sin lugar a dudas, por sus realizaciones potenciales, el sí mismo posee como horizonte las vicisitudes del “yo de la enunciación”. La concepción de sí mismo que subyace a esta discusión pretende situarlo más claramente en una triple relación con la estructura intrapsíquica de la personalidad, la constelación interpersonal y la normatividad cultural.

Estas consideraciones conducen a reconocer que, al concentrarse en la comprensión de las estructuras de la vivencia (patrones motivacionales) y las estructuras de la experiencia (patrones de interacción comunicativa), comprendiéndolas como textos y discursos, es necesario contar con una Psicología de la comunicación (Campos, s.f.). Más exactamente, con una *Psicolingüística culturalista de la comunicación* la cual permita profundizar en textos y discursos humanos, siguiendo su especificidad psicológica. En el siguiente bosquejo se quiere dejar más explícita esta idea (Bronckart, 1996).

Según Bronckart (1996, p. 78) es posible “calificar de texto toda unidad de producción verbal, situada, finita y autosuficiente, desde el punto de vista de la acción y de la comunicación”². La producción verbal sirve como vehículo de un mensaje lingüísticamente organizado. Este mensaje del locutor, tiende a producir un efecto de coherencia en el interlocutor. El texto más común al análisis psicológico es aquel género de texto que viene al lenguaje ordinario, ya que este es, él mismo, experiencia y vivencia en el mundo. En el texto cabe identificar a la frase como una de las unidades comunicativas que facilita la construcción de innumerables segmen-

tos comunicativos o textuales en función de una viabilidad metodológica. Estos vienen a ser lo mismo que las escenas, que se estructuran en interacciones comunicativas. Los segmentos o escenas se organizan según tipos de discurso. Dado que las escenas no son tales sin el trabajo de la significación, o si se prefiere, sin el trabajo de formación discursiva, entonces, en los segmentos o escenas no se encuentran sino tipos de discurso. La alianza de los segmentos textuales y los tipos discursivos dan como resultado las situaciones y son estas justamente las que finalizan por construir las puntuaciones de elocuencia y silencio por las cuales la cultura se hace presente para el análisis y comprensión.

Así pues, el sentimiento subjetivo de la identidad está ligado al sí mismo. Este lazo es posible en cuanto el sujeto es inscrito en la estructura de la comunicación y el lenguaje. Solo esta inscripción sitúa la construcción de la identidad del sujeto, en una red de relaciones que le ofrece una materialidad concreta y una alianza con la experiencia y la vivencia del tiempo.

La experiencia del tiempo en el mundo procura articular lo que ha sido dicho a lo que está por decir y esto no constituye siempre y necesariamente una tarea coherente de autoconocimiento de sí mismo. Tal es la dialéctica de la biografía (Legrand, 1993). La interacción de elementos que forman la experiencia sometida al tiempo ofrecen como resultado la biografía. Para el individuo, el tiempo histórico no puede ser sino experiencia del tiempo, reconocerse en estado de transformación pese a la permanencia de la autocomprensión de sí mismo. En su expresión social el tiempo histórico produce para el individuo algo de imperceptible, excepto si las experiencias colectivas hacen surgir la conciencia individual del tiempo histórico como el advenimiento colectivo de experiencias, en las cuales reconocerse con los otros en el trazado de coordenadas bien definidas por la cultura.

Es constatable entonces que construir una identidad se refiere a un punto de cesura de la biografía (como si la biografía fuese vida, *-bios-* poética). Evoca la necesidad de un

2. Traducción libre de NTB.

corte textual, de una pausa en el camino hacia la subjetivación en el cual se articulan riesgos y oportunidades para el desarrollo. Pero, ¿qué entender por subjetivación? Este concepto lo referimos al proceso global de apropiación subjetiva de sí mismo. Es un proceso que parte del nacimiento y permite o no la instauración de un espacio psíquico personal, ofreciendo la posibilidad de un trabajo interno de transformación y de creación. La subjetivación es el proceso personal de hacerse sujeto. Así pues, biografía y subjetivación se convocan una a la otra, aunque de maneras distintas. La biografía constituye el acontecimiento de la subjetivación, su encarnación o realización, mientras que la subjetivación es la ocasión de develar en cada trazo biográfico, una verdad impostergable del sujeto, aún cuando esta le resulte efímera, placentera, inesperada, o resistente a la transparencia que atravesaría a las huellas del sufrimiento. Hay otra condición, sin embargo, en la cual subjetivación y biografía se enlazan. La subjetivación es la fuente de creación de la escena todavía no existente, en la que, una experiencia inédita de una biografía que se escribe tomará lugar. Su sello distintivo es la capacidad de inscribir a la persona en horizontes en los cuales el trabajo de lo posible, movilice las energías propias y las de aquellos con quienes se vive en proximidad la experiencia del tiempo y la finitud.

La identidad como proceso psicológico se orienta a la subjetivación. Y lo que evita circunscribir la categoría de identidad como mera abstracción monádica sin salida, es el paso por el sí mismo en su doble vía. Lo que permite aprehender el proceso de subjetivación es justamente el paso por la biografía. La conexión entre el sí mismo y la identidad por un lado y la biografía y la subjetivación por el otro, es posible gracias al registro diacrónico en el cual se unen. En otras palabras, el estudio de la identidad (y el sí mismo) resulta indispensable por su relevancia para el proceso general de la subjetivación (y la biografía), que funciona en el registro diacrónico. A saber, en el registro temporal del desarrollo humano a lo largo de la vida.

Volvamos al concepto de desarrollo. La Psicología del desarrollo en el estudio de la

identidad y la subjetivación ha de entenderse como el estudio de procesos de transformación a lo largo del proceso de subjetivación, en el cual acaecen momentos breves y acelerados así como lentos y prolongados, los cuales se refieren tanto a las estructuras de la vivencia, como a las estructuras de la experiencia. Entonces, la tarea científica implica determinar secuencias de estabilidad y cambio ontogenético; diferencias y similitudes interindividuales; y la plasticidad intraindividual, en las que no todo cambio es un cambio evolutivo, solamente las transformaciones que producen novedad, constituyen una transformación en el desarrollo (Valsiner, 2000).

La conceptualización diacrónica del desarrollo posee una implicación específica en el estudio de la identidad. Esta es que la relevancia del estudio de la identidad del sujeto trasciende la época de la adolescencia y la juventud. Si el planteo de los problemas empíricos y teóricos se refiere a la investigación de la adolescencia y la juventud, no es el momento etéreo como tal ni sus vicisitudes concretas lo que es determinante sino los procesos psicológicos implicados. Por este motivo trabajar en la dirección de una psicología del desarrollo de la adolescencia, resulta adecuado a condición de comprender que toda psicología de la adolescencia no puede ser más que una psicología del desarrollo de la adultez y la adultez mayor. Veamos que se quiere decir con esta afirmación.

Ya que no es posible el estudio simultáneo de las continuidades y discontinuidades entre todos los momentos del ciclo vital, esas mismas relaciones establecidas entre adolescencia y adultez, aplicadas a las relaciones entre infancia y adolescencia han de quedar provisionalmente excluidas. No resulta excesivo atenerse solamente al estudio de un momento de vida como la adultez el cual posee efectos determinantes en la configuración psíquica de la personalidad en la adolescencia, quizás de manera tan relevante como se ha considerado que los tiene la infancia.

Las psicologías de la adolescencia se han beneficiado de su vínculo interdisciplinario con una sociodemografía de la adolescencia, pero hasta ahora han provisto resul-

tados parciales. Esto puede deberse, en parte, a la exclusión del estudio de la dinámica del mundo adulto en el estudio de la adolescencia. La adultez se ha incluido, cuando mucho, como una dificultad asimilable solamente a la muy limitada noción de “adultismo”. Dicho de otro modo, no basta con criticar en el nivel empírico de la programación social y en el nivel teórico, la apreciación de los valores de la adolescencia desde el mundo adulto. El estudio de procesos psicológicos de la adolescencia basado en la sola crítica del adultismo podría ser –quizás– necesario pero es teóricamente insuficiente y lo es de manera muy amplia. Lo es por excluir una reflexión teórica sistemática y unas precauciones heurísticas relacionadas con las categorías de tiempo y biografía. Sólo la investigación sistemática en la perspectiva de una psicología del desarrollo, puede lograr conceptuar adecuadamente el ciclo vital, las relaciones entre sus momentos diferenciados, así como las continuidades y discontinuidades entre las generaciones. La dinámica del doble cuestionamiento: “Y tú, quién dices que soy yo” con “Y tú, quién dices que eres tú” (o “¿Y tú, quién dices que estás siendo?”), remite a un texto cuya materia y cuya lectura sólo puede ser leída por un discurso que ponga por tema, adecuadamente, los problemas del desarrollo de la adolescencia en relación con los problemas del desarrollo de la adultez. Está claro que la adolescencia como período de desarrollo relativamente autónomo en el marco del ciclo vital y sobre todo, como proceso psicológico, se decanta en las antípodas de una generación que ha vivido y ha sufrido de otra manera. El tejido social y personal de las transformaciones culturales se dibuja también con la interacción juventud-adultez. Entonces un programa de investigación de la identidad en el contexto de la subjetivación, debe entenderse como un trabajo simultáneo sobre los procesos de la adolescencia, la adultez y la vejez así como sobre sus interrelaciones. Y en este sentido cabe reconocer que el solo estudio de las formas de interacción adolescente-adulto resultarían insuficientes. Es necesario pasar por las concretizaciones de los actos performativos del habla, ciertamente desde el punto de vista de cómo se institucionalizan en organizaciones concre-

tas, como en el sistema educativo por ejemplo, pero además, por la función que satisfacen los actos de habla en su incidencia ontológica, sobre los procesos de formación de la identidad personal.

PARA FINALIZAR

Con este horizonte de investigación se buscan las condiciones para llevar a cabo un trabajo sistemático en el estudio del desarrollo humano, en dos momentos diferenciados, como se presenta en las condiciones particulares del contexto sociocultural costarricense. En su mayor parte las propuestas esbozadas procuran dar cabida a los contenidos y a problemas de relevancia social, pero especialmente intentan privilegiar *los procesos* de una dimensión dada del desarrollo psicológico de la persona. Es una aspiración relacionada con la idea según la cual es imperativo construir una ciencia psicológica cuyos resultados no sean necesariamente nomológicos o que al menos su finalidad trascienda la identificación de regularidades, para que contando con estas permitiera también la construcción de discursos capaces de orientar la acción hacia una cultura todavía no existente. De cualquier modo parece haber llegado el momento, en cuanto a la investigación psicológica se refiere, *de construir el pasado*. Esto es, darle una significación a los logros actuales por modestos que sean y potenciarlos en una palabra contemporánea.

BIBLIOGRAFÍA

- Baltes, P.B.; Reese, H.W. y Lipsitt, L.P. (1980). Life-span developmental psychology. *Annual Review of Psychology*, N° 31, pp. 65-110.
- Bronckart, J.P. (1996). *Activité langagière, textes et discours. Pour un interactionisme socio-discursif*. Lausanne: Delachaux et Niestlé.
- Bruner, J., (1986). *Actual minds, possible worlds*. Massachusetts and London, Harvard University Press.

- Campos Ramírez, D. (s.f.). "Fundamentos ontológicos de la Psicología actual. Entre lo objetivo, lo subjetivo y lo intersubjetivo". Conferencia inédita.
- Cahn, R. (1991). Du sujet. *Revue Française de Psychanalyse*, Vol. 55, N° 6, pp. 1371-1490.
- Erikson, E. H. (1968). *Identity: Youth and crisis*. New York: Norton.
- Fernández Mouján, O. (1974). *Abordaje teórico y clínico del adolescente*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Gergen, K., (1994). *Realities and relationships. Soundings in social constructionism*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Habermas, J. (1989). *El discurso filosófico de la modernidad*. España: Taurus.
- Krauskopf, D. (1998). *Memoria del Seminario y Taller: la adolescencia y las adolescentes, enfoques y perspectivas*. Programa Mujer Adolescente, Instituto Nicaragüense de la Mujer. Nicaragua.
- Houdé, O.; Kayser, D.; Koenig, D., Proust, J.; Rastier, F. (1998). *Vocabulaire de sciences cognitives*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Legrand, M. (1993). *L'approche biographique. Theorie, clinique*. Marseille: Hommes et Perspectives.
- Lorenzer, A. (1972/1976). *Bases para una teoría de la socialización*. Argentina: Amorrortu.
- Marcia, J. (1993). *Ego identity: A handbook for psychosocial research*. New York: Springer Verlag.
- Ricoeur, P. (1986). *Du texte à l'action. Essais d'herméneutique II*. Paris: Seuil, coll. Essais.
- Tapia, N. (2000). "La construcción de l'identité personnelle dans le développement sociomoral et le discours religieux. Étude auprès d'adolescents du Costa Rica", *Thèse de doctorat*, Faculté de Psychologie et des sciences de l'éducation, Université Catholique de Louvain, Belgique, Inédita.
- Tudge, J.; Shanahan, M. J. y Valsiner, J. (1997). Developmental concepts across disciplines. In J. Tudge, M. J. Shanahan & J. Valsiner (Eds.). *Comparisons in human development. Understanding time and context* (pp. 34-71). Cambridge: Cambridge University Press.
- Waterman, A.S. (1990). A Life-Span perspective on identity formation: Developments in form, function, and process. In Baltes P.B., Featherman D.L. and Lerner R.M. (Eds.) *Life-Span Development and Behavior*, (pp. 29-57). Vol. 10, USA: Erlbaum.
- Valsiner, J. (2000). *Culture and Human Development*. London: Sage Publications.
- Vandenplas-Holper, C. (1998). *Le développement psychologique à l'âge adulte et pendant la vieillesse*. Paris: Presses Universitaires de France.